

LA LABOR DE EDGARDO RIBEIRO

Nuestro mundo artístico nacional se integra con seres en permanente evasión. El punto de mira definitivo de pintores, grabadores, y escultores uruguayos, aparece trasladado a Europa, y Estados Unidos en menor escala.

La mentalidad aluvial que se fue constituyendo lentamente desde comienzos del siglo pasado, trajo como consecuencia, esa situación de extrañamiento frente a la realidad.

De tal modo el foto activo quedó reducido a la capital, la que se ha nutrido intensamente del movimiento plástico exterior.

El interior del país, fue así, durante largas décadas, objeto de la indiferencia más radical, por parte de los creadores y teóricos del arte.

Tal situación de desarraigo afecta por igual a artistas de derecha e izquierda.

La misma desestima frente al medio, basada en una pretendida carencia de características nacionales propias, se repite a lo largo de todo el continente latinoamericano.

Mientras tanto América se va desmembrando, con la complicidad de una minoría intelectual, que mira con exclusividad hacia las fuentes del pensamiento universalista.

Todos los planes de quienes bregan por el perfeccionamiento de los artistas contemporáneos, consisten en mandarlos fuera, cada vez en mayor número, sin jamás hacer el esfuerzo de crear un ámbito favorable, rico, documentado, dinámico y estimulante, que favorezca el hacer artístico en el país.

No obstante ha renacido en los últimos tiempos, en nuestro medio, un propósito consciente y definido de promover la unificación nacional desde el punto de vista económico, político y cultural. Encabeza ese saludable reencuentro con la tradición, el historiador Juan E. Pivel Devoto, a cuyo lado se formó una nutrida generación de investigadores y estudiosos. Sin embargo los alcances de dicha posición sólo afectan lateralmente al arte plástico.

Sólo algunas expediciones esporádicas por vía oficial o iniciativas privadas como la creación del Museo Rodante de Arte Nacional Contemporáneo, marcan los primeros síntomas favorables de aquella actitud.

CRUZADA ARTISTICA EN EL INTERIOR

Hay una labor sostenida, constante y fructífera realizada individualmente por al-

gunas figuras de la plástica local, de grandes proyecciones aunque, ignorada, en la capital, o por lo menos, no destacada lo suficiente. Casi todos estos artistas en su mayoría están o estuvieron, en algún momento, vinculados al Taller Torres García, y ejercen su magisterio, a través de los Talleres de Artes Plásticas, diseminados, en el número de seis o siete por el interior de la República.

Una figura central de esa generosa y sacrificada cruzada artística, es Edgardo Ribeiro, quien de manera honoraria, se trasladó durante años silenciosamente y animado de una firme vocación de maestro, semana a semana, a San José, y actualmente cada quince días, a formar un grupo de pintores. Por su acción se transformó al Museo Departamental de dicha localidad en uno de los focos culturales de mayor trascendencia en el interior, donde se organizan los conocidos Salones de Otoño.

Toda vocación incipiente necesita estímulo, cultivo, apoyo. Basta haber recorrido rápidamente el interior para saber que las condiciones en las que se trabaja allá son paupérrimas, sin bibliotecas especializadas, ni al día, sin el contacto con obras de los maestros, que enseñan y despiertan o canalizan entusiasmos dormidos, y sin los medios materiales necesarios, para trabajar.

El metro con que se deben medir los logros forzosamente tiene que ser distinto cuando se considera el interior o la capital, porque las condiciones, en las que florece la creación también son sustancialmente diferentes.

Hay una cuota de vergüenza que nos corresponde a todos, artistas, críticos, autoridades y profesores. No es legítimo limitarse a estimular y conocer lo que pasa en la capital y en el resto del mundo, y seguir ignorando lo que sucede, más allá de las fronteras de Montevideo.

De tanto en tanto algún sobreviviente, salta como un fantasma, desde ese interior olvidado y no por ello menos nuestro, como ocurrió con Américo Spósito, quien un buen día, a raíz de un Premio, obtenido, en la Bienal de San Pablo, adonde concurrió por gestión, del entonces Agregado Cultural de la Embajada Brasileña, sale a luz y súbitamente todo el ámbito de distraídos especialistas en la materia y plástico, toma conciencia de un hecho inusitado; en Melo exis-

tía un pintor de dimensión internacional.

El hecho es triste, es casi como encontrar a los hijos ya formados, maduros, sin haber acompañado su crecimiento y evolución.

También otro día apareció Salustiano Pintos, en Melo, la nómina no implica selección, es sólo y únicamente una enumeración sobre la marcha.

En casos excepcionales, como el de Edgardo Ribeiro, algunos jóvenes de talento tienen la suerte de ser enviados con una beca a Montevideo, a estudiar, pero es necesario tener clara conciencia que una mayoría abrumadora sucumbe ante las dificultades, la indiferencia y el olvido.

Es necesario haber nacido en el interior, y quererlo mucho, para ser capaz de consagrar, lo mejor de las energías, a ayudar a los incipientes valores, que nacen y mueren ignorados sin el menor apoyo oficial ni particular, en toda la extensión del territorio.

TRES ETAPAS: MINAS, ROCHA Y SAN JOSE

Nos dice Edgardo Ribeiro: "Comencé mis estudios de pintura un poco casualmente, debido a que en el año 1939, en ocasión de que una figura política visitara el departamento de Artigas, las circunstancias quisieron que viera algunas formas modeladas en barro, por mí y por mi hermano, y resolvió becarnos a Montevideo. Fue así que accidentalmente becados por la Intendencia Municipal del Departamento, llegamos a Montevideo y conocimos al Maestro Joaquín Torres García, con quien estudiamos por espacio de una década."

Apenas siete años después, 1946, ya aparece Edgardo Ribeiro llevado, por su indeclinable vocación docente, enseñando en el Taller de Artes Plásticas de Minas, donde trabaja durante seis años.

Su amor por el interior no está teñido de localismo. Para quien viene de tan lejos, desde Artigas, cualquier punto del territorio nacional sirve para cumplir, con esa sagrada obligación que se ha impuesto, con ese compromiso moral de ayudar a los jóvenes plásticos. En 1954 se crea en Rocha el Taller de Artes Plásticas y durante dos años lo dirige Ribeiro, hasta que forma una profesora que pueda sustituirlo.

Sin solución de continuidad, el pintor uruguayo, prosigue entusiasta su cruzada artística. En 1956 se reorganiza el Taller de

Artes Plásticas de San José, que dirige hasta el presente.

RIBEIRO FORMA UNA GENERACION

Su entrega a la enseñanza de la pintura y el dibujo es tan sincera que manifiesta el artista: "si tuviera que elegir entre continuar enseñando o pintando, elegiría lo primero".

Un destacado grupo de plásticos se ha formado con Edgardo Ribeiro: Casimiro Motta y Wilson Amaral, son el testimonio de su pasaje por Minas. Marta Nieves y Eduardo Saldain, de Rocha; y Huzo Nantes, Margarita y Cristina Soria, Fasola y Carlos Tonelli, Osvaldo Leite y Leonel Pérez Molinari, de San José y Montevideo.

La labor desplegada por Ribeiro en el interior ha sido totalmente desinteresada. Trasladarse a cualquier punto del interior, semana a semana, sin ninguna remuneración, con el sólo estímulo de la adhesión incondicional de los alumnos, exige estar dotado del sentido de apostolado. Eso ha sido para un amplio sector del país por veinte años, Edgardo Ribeiro, un verdadero apostol de la pintura.

No concluye allí su actividad, desde 1945 ejerce el Profesorado de Dibujo, en Enseñanza Secundaria.

Entre 1955 y 1960, dicta cursos de Dibujo y Pintura, en la Escuela Nacional de Bellas Artes.

En su simpático Taller particular de la calle Abalos está intentando crear un verdadero Centro Cultural de barrio. Los sábados y domingos, se llevan a cabo, charlas con diapositivas, se entablan sustanciosas polémicas, se hacen lecturas y el clima cordial y entusiasta contribuye a la promoción intelectual, de gente que de pronto llega allí de paso.

GANADOR DE LA VI BIENAL

Culminando una trayectoria de un cuarto de siglo, Edgardo Ribeiro termina de obtener, en el VI Salón Bienal Nacional, una de las Becas, con la que se trasladará a Europa.

Aunque apartado del Taller Torres García desde 1947, se ha mantenido fiel a las enseñanzas del gran Maestro uruguayo.

Poco a poco ha ido depurando su lenguaje y su color, ha adquirido una vibración, y una transparencia que hablan de su madurez como pintor. — M. L. T.